

lagos y las seducciones del mundo, beber gustoso en los puros manantiales de tu dolor y de tu amor el espíritu de caridad y el espíritu de sacrificio, para tener el derecho de llorar contigo y de compartir tu pena:

*Eja, Mater, fons amoris,  
me sentire vim doloris  
fac, ut tecum lugeam.*

ASÍ SEA.



SERMÓN

SOBRE EL MISTERIO DE LA ASUNCION  
DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

PREDICADO EN LA

Iglesia parroquial de Santa Marta, de la Ciudad de Astorga,

EL AÑO 1868



*Absorta est mors in victoria.*  
La muerte ha sido destruída en su  
victoria.

I COR., XV, 54.

**D**ios te salve ¡oh Virgen de las Vírgenes,  
Madre del Humanado Verbo, fuente de la  
Divina Gracia, Puerta de las mansiones celestia-  
les! Te ama y te implora el corazón cristiano, por-  
que Tú eres la estrella de su fe, la aurora de su  
esperanza, la luz de sus hogares. Te buscan y te  
invocan los seres infortunados, porque tus sufri-  
mientos son para todos ellos ejemplo que edifica,  
resignación que fortalece, prenda de recompen-  
sas y triunfos en eternidades infalibles. Te aman  
y te bendicen las almas venturosas, porque tus  
júbilos fueron constantemente auras de castidad,  
rocío de misericordia, tesoro de las virtudes mo-  
rales, que imprimen blancas estelas en los cami-  
nos de la vida. La mente y la imaginación á un

tiempo complácense hoy más que nunca en admirar tu dignidad, como la primogénita que eres de todas las criaturas en el Entendimiento del Dios Omnipotente. Los ojos de mi creencia religiosa, viéndote emprender el vuelo hacia la altura, te miran y consideran como el sol resplandeciente de todas las piedades; como la depositaria de todas las mercedes, como la madre y mediadora dulcísima entre la humanidad y el cielo: y mi espíritu y mi labio, Madre mía, quisieran poseer toda la ciencia de los Querubines, la llama toda del Serafín encendido en tu adoración y tu amor, para ofrecerte sus más puros homenajes, y para cantar dignamente tus excelencias y tus glorias. ¡Madre amorosa del Salvador Jesús, Auxilio de todos los cristianos, Consoladora de todos los afligidos, Dios te salve!

Excmo. Señor (1): Mi alma se halla vivamente impresionada con el cuadro solemne, y tiernísimo á la vez, que le ofrece vuestra presencia en este hermoso templo, y yo quisiera pasar de ella á mis labios todo el entusiasmo que la anima, sin perder una sola nota de las armonías suaves y arrebatadoras de nuestra Religión. ¡Ah! ¡Cuán henchido de encantos me ha parecido siempre ese pensamiento de las almas piadosas, de consagrar, como un especial obsequio, este gracioso mes (2) á la Santí-

(1) El Rdo. Obispo de Astorga, Dr. D. Fernando Argüelles y Miranda.

(2) Este Sermón no fué predicado el día 15 de Agosto,

sima Virgen María! Esos árboles que han brotado para ofrecer una sombra bienhechora en los ardores del estío; esas alfombras de variados matices que cubren la risueña pradera; esos cantos melancólicos del ruiseñor y la oropéndola, que se asemejan á suspiros y gemidos; esas aves peregrinas que han pasado el invierno en climas más templados; esas brisas y esas lluvias cuyo tenue ruido parece á la mente cristiana como voz de los cielos y aliento del Señor; esa verde espiga, en fin, que principia á abrirse entre las rogativas de la Iglesia, cual si esperase la bendición de Dios para dar el fruto que ha de constituir el principal sustento del pobre: todo esto, hermanos míos, es tan delicioso y poético, que conmueve al alma con indecible fuerza, y derrama sobre la inteligencia y el corazón del hombre raudales inagotables de luz y de esperanza. ¡Oh! Son estas las armonías de la naturaleza que van elevando progresivamente nuestro espíritu hasta comprender y gustar las armonías de la gracia.

Continuando en este día vosotros los fervorosos cultos que tributáis ante el altar de la Madre de Dios, y debiendo hablaros del tránsito glorioso de la Virgen María á las moradas de la Jerusalén

---

en la Festividad de la Asunción de Nuestra Señora, sino en los cultos del mes de Mayo dedicados á la Virgen María en la mencionada Iglesia de Santa Marta, y exponiendo el punto interesantísimo de la muerte y la subida á los cielos de la Santísima Virgen.

celeste, encontraréis justo, sin duda, que el orador sagrado, como el poeta y el artista creyentes y piadosos, intente remontarse á las esferas de lo bello ideal, poniendo á veces su pensamiento y su planta sobre el nivel de las meras realidades de la vida humana. La Iglesia Católica y su Pastor Supremo no han definido aún como dogma de su Símbolo el secreto de tantas magnificencias, hora feliz designada seguramente por la Providencia del Señor en sus augustos é inescrutables fines: mas si el entendimiento del hombre no logra penetrar sereno y lúcido por entre esas nubes de majestad y de gloria, el alma fiel oye voces misteriosas, vislumbra sobrenaturales destellos, que le hacen tejer mil himnos y coronas en honor de aquel arcano de la gracia y de los amores divinos.

Estudiemos, pues, este magnífico asunto, que proponen hoy á nuestra consideración la piedad de los fieles y la autoridad de la Iglesia, aplicando á la Virgen María las inspiradas palabras del Apóstol sobre la Muerte y la Resurrección de Jesucristo y sobre la resurrección general de los cuerpos: y creyendo yo, con los grandes panegiristas de la Madre de Dios, que siempre que se trata de los misterios ó de las advocaciones de esa Criatura excelente, deben ser preconizadas las excelencias de su devoción y de su culto, contemplaremos la Asunción de esa privilegiada Virgen, y su victoria sobre la muerte, «como uno de los

más altos misterios de su dignidad y su grandeza, y como uno de sus triunfos más fecundos para el bien y la ventura de la humanidad regenerada. *Absorta est mors in victoria.*

¡Oh Virgen pura y clementísima! Para darte gloria, te diré con las palabras del hijo de Sirach, ¿qué valemos nosotros? Yo desearía poseer la lira de un Profeta, ó una de aquellas arpas que los hijos de Israel volvieron á alcanzar de los sauces en los ríos de Babilonia: yo bien quisiera que brotase de mis labios un torrente de elocuencia para ensalzarte y bendecirte; pero dignate, Madre mía, aceptar mi humilde elogio, porque es, en este momento al menos, el elogio del corazón y la ofrenda humilde del alma. Yo confío en que Tú me acojas, en que me inspires Tú, y en que vayas delante de mí por el camino de tus alabanzas, si todos te saludamos fervorosos con las palabras del Arcángel:

AVE, GRATIA PLENA, ETC.

EXCMO. SEÑOR.

MIS AMADOS HERMANOS:

**S**ALE tan dolorida el alma, tan entristecido el espíritu, después de haber asistido con el corazón y con la mente á la Pasión de Nuestro Salvador Jesús y á la Compasión de María, que ellos se calman y se recrean con dulzura infinita, penetrando en la morada santa y silenciosa donde va á vivir María con el Discípulo amado, representante de una filiación sublime, custodio y sostén de aquella Virgen pura, que es la Madre de Dios y la Madre de los hombres. Contemplar desde la nave un mar azul y sereno, y un sol sin nieblas y sin nubes, después de la borrasca, es muy pálida imagen de aquella transición suavísima y dichosa.

La amargura indecible, las lágrimas ardientes, los suspiros prolongados de aquel triduo solemne y doloroso, expectación de todos los mundos creados, fueron al fin sustituidos con las intensas ale-

grías del más maravilloso y trascendental de los triunfos, la Resurrección de Cristo; con la risueña aurora que alumbró, poco más tarde, las íntimas adoraciones de los discípulos de Jesús al ver al celestial Maestro elevarse á los cielos, después de aquella despedida, la más tierna, para con la amante Madre, imaginada por la devoción y por la fantasía de San Juan Crisóstomo y San Buenaventura (1); con aquellas llamas sobrenaturales, en fin, que alumbraron la inteligencia é incendiaron el espíritu de los primeros elegidos de Dios y de la Santa Madre del Verbo, para extender la verdad y la virtud por todos los ámbitos del orbe, regenerando y ennobleciendo, entre innumerables prodigios, los hombres y los pueblos.

Decía San Agustín, Señor Excmo., que la Iglesia había nacido del costado de Jesús, herido por misteriosa lanzada; y nosotros podemos decir muy bien que la Iglesia de Jesucristo tuvo parte de su hermosa infancia dentro de aquella mansión bendita donde la Virgen María esperó por tantos años la ansiada hora de unirse con su adorado Hijo en las moradas eternas. Seguramente de allí, iluminados con los resplandores del entendimiento de María, fortalecidos con la grandeza de su alma, subieron un día Pedro y el Evangelista, Pedro, el corazón enérgico y vehemente, Juan,

(1) Crys.: Hom. hodiern.—S. Bonav.: *Medit. Vit. Chryst.*, cap. 98.

casto como los ángeles, á la Casa del Señor, para realizar en los atrios del gran templo, ante la Puerta de Bronce de Corinto, y en el Nombre de Jesús, aquel singular prodigio que gana para la Divinidad del Salvador y para el Cristianismo naciente muchos millares de almas. Seguramente allí descendieron las inspiraciones de lo alto en la elección de aquellos nuevos ministros, sobre los cuales impusieron los Apóstoles sus manos, para que fuesen más provechosas y eficaces sus sagradas funciones. Seguramente allí se avivó el místico fuego del valeroso Esteban para combatir la perfidia y la maldad judaica, y para hacer brillar la justicia, hasta ceñir la corona del martirio, durante el cual se le mostraron ya abiertos los recintos de la gloria. Seguramente allí fué donde Santiago, hermano del Evangelista, generador de nuestra fe y defensor de nuestra Patria, entrevió y anheló la diadema de Confesor de la fe, que fué el primero en conseguir entre los Apóstoles de Jesús; y donde Santiago el Justo, primer obispo de la Ciudad ingrata, recogió aquella conmovedora elocuencia para predicar á Jesucristo y morir por su amor. Seguramente allí, por último, aquellos primeros conquistadores de almas esclarecieron todavía su inteligencia, vigorizaron su ánimo, perfeccionaron su sabiduría con las narraciones y consejos de la Madre de Dios, recibieron las sentidas bendiciones de su Protectora y Guía, para ir á evangelizar los Reyes y las naciones por

todos los países conocidos; por todas las montañas, desde el Pirineo hasta el Cáucaso; por todos los ríos, desde el Ebro hasta el Tigris; por todos los mares, desde las pobladas orillas del Mediterráneo hasta las playas más solitarias de los Océanos de la India.

Después de esta dispersión sobrehumana, María habrá de permanecer en su modesto retiro; y nuestro entendimiento y nuestra imaginación esfuérganse aún en investigar los secretos de su existencia, en representarse la majestad de su figura, y en adivinar la intensidad de sus recuerdos. Sería, sin duda, hermanos míos, profanación inaudita franquear aquel recinto, consagrado por tantas gracias y por tan altas virtudes, con las meras aspiraciones de una ciencia estéril y una curiosidad vana; pero meditar profunda y devotamente sobre aquella vida tan privilegiada y tan enaltecida por el Todopoderoso; complacerse en los ricos ideales de aquella maternidad fecunda y bienhechora; imaginarse y ponderar todas las hermosuras que allí concurren, todos los rayos de luz que allí convergen, todos los auxilios y favores que de allí se derivan y difunden; y esto con el propósito único, con el exclusivo fin de mover el espíritu, de purificar el alma, ¡oh! esto es seguir la huella de los grandes Santos; es imitar á los más tiernos amadores de Jesús y María, á los corazones inocentes que anhelan buscar un escudo contra todas las seducciones, á las almas contritas y

humilladas que corren á implorar el perdón de sus caídas y los dones de la perseverancia.

María, Excmo. Señor, no estaba, en verdad, sola en aquella mansión bendita. Aparte de que el Espíritu Divino llenaba constantemente su alma, y de que los coros de ángeles la acompañaban con más frecuencia aún que durante su santa educación en el Templo, muchos corazones amigos, muchas almas creyentes y afectuosas acudían sin cesar á aquella reducida estancia, precioso y santificado Tabernáculo, ora para ofrecer á María sus tribulaciones y sus júbilos, ora en urgente demanda de inspiración y de mercedes, ó ya sólo para darle testimonio de su amor y de una veneración ardiente. Pedro se ha apresurado á decir á María que el Señor le libertó por el ministerio de un ángel: el Evangelista Marcos ha visitado á María para hablarla de la rápida conversión de los Gentiles: el apóstol Pablo ha venido á referirla el fruto de sus predicaciones en las ciudades de Asia: Juan corría siempre presuroso á prestar ante la Madre que le había sido legada, las pruebas de su solicitud y de su amor. Para aquella angelical criatura, para aquel ser adorable, la escondida morada de Sión era su montaña de las bienaventuranzas, era su Cafarnaum, era su lago de Genesareth; porque allí oraba entre arrobamientos indecibles, como oraba Jesús sobre el monte, en la víspera de los acontecimientos supremos; allí derramaba y esparcía, á manera de

flores y de aromas, los milagros y los beneficios, de igual suerte que lo verificaba el Salvador en su ciudad querida; allí hacía aquellas suaves confidencias y daba aquellas saludables enseñanzas que llevaron su poderoso influjo hasta los Concilios de Jerusalén y hasta las narraciones evangélicas.

Esta es, Señores, la realidad teológica, es decir, la revelación que ilumina, la Iglesia que enseña, el entendimiento que medita, el raciocinio sacando de esas cosas tan bellas sus conclusiones ciertas y consoladoras. Después de esto vienen la tradición y la leyenda; esto es, las páginas del libro más amado de los pueblos, el origen de las romerías que exaltan y embelesan, las notas más sentidas de los hogares cristianos; ó ya el hechizo de las imaginaciones vehementes, el resorte de las más atrevidas empresas, y el estímulo de las más caballerescas hazañas. Una severa crítica podrá decirnos que María no abandonó jamás las colinas de la montaña sagrada, los lugares santificados por la oración, por la palabra y por los milagros de Jesús; y nos afirmará resueltamente que Jerusalén, y Gethsemaní, y Bethania la vieron de continuo atravesar sus torrentes y sus valles, pasar al pie de sus muros, cruzar por entre sus sicomoros y olivos; y, sin embargo, el estudio y el saber de elevadas inteligencias, la piedad de grandes corazones, llamarán á nuestro espíritu, estrecharán nuestro ánimo para mostrarnos á Ma-